

# Praga 2000: ¿un giro copernicano?

## 1. ¿ Por qué Praga?

Después de Washington y Okinawa, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial se reúnen en Praga, con presencia paralela del G-7. ¿Por qué en Praga? No sólo para las manifestantes de turno, sino también para cualquier lector de la historia del siglo XX, Praga y “La primavera de Praga” despiertan tantos recuerdos de aquellos hombres que lograron su victoria gracias a la “resistencia pacífica”. Cuando las tropas del pacto de Varsovia, es decir, los tanques soviéticos, invaden Checoslovaquia, en agosto de 1968, y tronchan “La primavera de Praga”, un modelo democrático de “rostro humano”, las *nomenklaturas* de los socialismos reales comenzaban a cavar su propia tumba. (“A largo plazo resultan más firmes los conocimientos científicos que los más fuertes intereses del poder, pero contra la fuerza bruta siempre en la historia ha sido preciso armarse de paciencia”, Ota Sik.).

Praga fue la ciudad de la resistencia pacífica de los manifestantes atropellados y su grito de protesta se dejó oír en toda Europa. Si los dirigentes de los “socialismos reales” tronchaban por la fuerza un modelo socialista democrático, de rostro humano, la gran crítica europea los descalificó como “reales socialismos”. “Ahora tenemos que analizar qué es socialismo a partir de lo que no es socialismo”. Esta fue la tesis que se erigió en Europa occidental, en 1968, aunque su eco no llegara hasta nosotros, sino hasta bien entrada la década de 1980...

En 1972, el principal inspirador de “La primavera de Praga”, Ota Sik, redacta su famosa obra

*La tercera vía* (México, 1977), que marca una teoría y una praxis de tantos hombres de búsqueda, quienes repiten con el autor: “Ni con unos ni con otros me puedo identificar en teoría” (Prólogo). En 1979 (traducido en 1985), Ota Sik actualiza, en Suiza, su tercera vía con el título *For A Human Economic Democracy* (New York, 1985). Tiene plena lógica que llegados a la era de la globalización, A. Giddens (1998-1999) edite su “tercera vía”, obra algo enigmática, como la renovación de la socialdemocracia (1999). Todavía es más lógico que en Praga se evalúe a la actual globalización desde la óptica “Hacia una democracia económica humana”. El humanismo y la democracia no parecen ser partes integrantes de la “nueva economía”. Praga ha sido el escenario adecuado para evaluar la globalización y ello pese al vandalismo de algunos grupos radicales, que actuaron fuera de la línea trazada por las organizaciones no gubernamentales más serias, más conscientes y propicias a la crítica constructiva. También a los grupos más radicales y vandálicos se les puede recomendar la primera frase citada por Ota Sik...

## 2. La ruta de los manifestantes

Hemos entrado en la era de los manifestantes y de las manifestaciones, aunque la pregunta obvia es por qué tienen lugar, casi exclusivamente, en el hemisferio norte, cuando el desempleo, la pobreza, la exclusión y la discriminación social son más patentes en los paralelos del tercer mundo. Dos parecen ser las razones: una mira a la historia pasada y otra a la historia presente. Los países industrializados tienen detrás dos siglos de sólidas

organizaciones sindicales, largas luchas y grandes éxitos sociales. Las clases laborales, tanto agrícolas como industriales, oponen fuerte resistencia al fantasma del subempleo y contra la discriminación de ingresos, cuando los salarios reales se contraen y la riqueza se concentra en directores de empresas y especuladores de la bolsa de valores. La otra razón se fundamenta en la historia presente. Los grandes gestores de la globalización actual, ese proceso de "creación destructiva" y especulativa se asienta, una vez más, en el hemisferio norte, en sus multinacionales y en la gran banca comercial, que incursiona el ciberespacio de los capitales financieros. Por ambas razones, aunque no sea siempre por las mismas razones, la ruta de los manifestantes discurre por el hemisferio norte. Lógicamente, las manifestaciones tendrán que deslizarse hacia el sur, en razón de que "hay un tercer mundo en el primer mundo y un primer mundo en el tercer mundo".

Lo interesante es seguir la ruta de los manifestantes. Poniendo un punto de partida, la salida se da con "el fantasma de Seattle", en diciembre de 1999, cuando se desarticula la reunión de la Organización Mundial del Comercio, porque a los 50 000 manifestantes se suma la negativa de los delegados de los países pobres a firmar unos acuerdos finales, sobre los que no habían sido consultados ni habían participado en sus deliberaciones ni se tomaron en cuenta, en absoluto, sus repetidos reclamos. Se negaron a firmar lo que Joseph Stiglitz llamó "un fraude intelectual": la teoría del libre comercio que en poco o en nada beneficia a los países en desarrollo (ECA, 2000, pp. 60 y 64-68). Pese a todas las promesas, no hay indicios de que la Organización Mundial del Comercio se vuelva a reunir en este año 2000.

En enero del 2000 se reúne en el balneario de Davos la élite del capitalismo para hacer el panegírico de la "nueva economía norteamericana", el "totem" del internet, con la acomplejada presencia de los europeos, asistentes como niños de escuela. Los panegiristas de la nueva economía silenciaron totalmente lo expuesto por Wolfensohn, en su discurso sobre "La otra crisis", en octubre de 1998, que sí tuvo más resonancia en el Davos de 1999. También en Davos 2000 se hicieron presentes unos controlados manifestantes que gritaban: "No al *politburó* de la internacional capitalista. No permitiremos que los inversionistas despojen al pueblo". Sólo algunos periodistas asistentes y algunas en-

cuestas dejaron traslucir las calamidades del mundo real (ECA, 2000, pp. 121-127).

Entrados en el año 2000, ya se habla del "hombre de Davos" y del "hombre de Seattle". En el mes de febrero, en Bangkok (Tailandia), tuvo lugar la conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD). "Un objetivo mínimo era que los países ricos ofrezcan una entrada abierta y total, sin cuotas ni impuestos a los productos de los 45 países más pobres, cuyas exportaciones representan sólo el 0.5 por ciento del comercio internacional". Una vez más, no se llegó a un acuerdo. Un signo representativo de esta reunión fue la fotografía, que recorrió todo el mundo, mostrando la cara de M. Cadmessus, maquillada con un pastel de crema tailandesa. Por desgracia, lo irrisorio de ese evento (¡son gajes del oficio!, dijo Cadmessus) hizo que pocas personas prestaran atención al discurso de despedida del director saliente del Fondo Monetario Internacional. "La creciente brecha entre los ricos y los pobres, y el abismo que separa a los países ricos de los más pobres, son moralmente inadmisibles, económicamente ineficientes y, desde un punto de vista social, potencialmente explosivos. Hoy es evidente que no basta aumentar el tamaño de la torta; la forma en que se reparte es esencial para el dinamismo del desarrollo. Si no ofrecemos esperanza a los pobres, la confrontación, la violencia y las conmociones civiles terminarán socavando la estructura de la sociedad. En ninguna parte podemos permitirnos el lujo de hacer caso omiso de la pobreza, pero es en los países más pobres donde ya no puede tolerarse la extrema pobreza. Es nuestro deber aunar esfuerzos para aliviar el sufrimiento"... En Bangkok se dijo que "la globalización hace difícil la globalización" (*Realidad*, 1999, pp. 656 y 664).

En el mes de abril tiene lugar, en El Cairo, la reunión de representantes de la Unión Europea con jefes de Estado africanos. Se habló de "la globalización mutilada" y del continente maldito. "África es rica en recursos naturales y los africanos somos pobres". Al igual que en Bangkok, los países africanos piden un alivio a la pesada deuda externa y una apertura a sus exportaciones agrícolas. Tal vez las expresiones agresivas de algunos oradores (léase Gaddafi) sirvieron para enfriar el propósito constructivo de la cumbre. "No podemos contemplar la deuda africana en su conjunto, porque no hay una solución igual para todos". También salieron a la luz otros problemas políti-

cos y culturales, que carcomen las economías de bastantes países africanos: las dictaduras y los golpes de Estado, la permanente xenofobia que alimenta guerras civiles, el terrorismo y el tráfico de armas, la debilidad de las instituciones gubernamentales y, no podía faltar, una referencia al sida... El perdón de la deuda se condicionaba a la revisión de estos problemas internos" ("El laberinto económico mundial del nuevo 2000", *Realidad*, mayo-junio, 2000). No merece la pena dedicar muchas líneas a la desorganizada reunión del G-77, los antiguos "no alineados", tenuta en La Habana, el 11-15 abril. Los periodistas delegados la califican de "mucho retórica y pocos resultados". También Kofi Annan salió defraudado de esta reunión (*ibídem*).

En las mismas fechas tuvo lugar en Washington la "reunión de primavera" del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. En la ruta de los manifestantes esta reunión es importante desde varios aspectos. Las manifestaciones serán pacíficas: no usar la violencia física o verbal, no llevar armas ni alcohol ni drogas y no atacar la propiedad. Los manifestantes atacan a la "trinidad pagana": el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio, instrumentos de la globalización para el empobrecimiento de los países en desarrollo. Los reclamos se alternan: "El Banco Mundial saquea el planeta: no más dinero para el petróleo, gas y minas... ¿Quién debe a quién? Las grandes corporaciones petroleras y mineras, que explotan las materias primas del tercer mundo, producen enormes destrozos humanos y medioambientales... Antes defendíamos los derechos civiles; ahora luchamos por los derechos humanos. Si la policía no nos deja manifestarnos estará violando la Constitución. La moralidad está antes que la legalidad". Entre los manifestantes hay quienes enarbolan la Biblia y citan al profeta Isaías. Su tesis es que "la globalización económica en curso sólo beneficia a las grandes multinacionales en detrimento de los países pobres". Estos manifestantes pacíficos consideran haber logrado un gran triunfo: "Me parece importante que desde el norte la gente esté protestando contra lo que hacen el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que están al servicio de las grandes compañías que destruyen el mundo. El mensaje está dado y que el Fondo y el Banco digan que quieren cambiar ya es un triunfo" (*ibídem*).

He puesto, a modo de interrogante, "Praga 2000, ¿un giro copernicano?". Es algo que se ha dicho en Praga —sin interrogante— y que se inició en Washington. Porque en esta reunión, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial se ven acorralados entre dos fuegos. Como dirá Wolfensohn, "nosotros perseguimos los mismos objetivos que los manifestantes. Es algo desmoralizante ver a personas que se movilizan en pro de la justicia social, cuando eso es exactamente lo que hacemos cada día. No me opongo a discutir estos problemas y lamento que este debate sea bloqueado por algo que impide reunirnos". Esta oportunidad le será dada a Wolfensohn en Praga, donde se podrá hablar de un giro copernicano.

La oposición más crítica al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial vendrá, en esta ocasión, del Congreso norteamericano, asesorado por la Comisión Meltzer. Lo que pretenden, en síntesis, los grandes accionistas del Fondo es que esta institución reduzca sus funciones a los problemas monetarios de corto plazo, y que los que acuden a él sean obligados a devolver lo antes posible sus préstamos, a fin de evitar que la institución se vea comprometida con medidas de largo plazo, función que corresponde a la banca mundial. El Fondo Monetario Internacional debe dedicarse esencialmente a la concesión de disponibilidades de tesorería en época de crisis. La banca mundial y los bancos de desarrollo regionales (el Banco Interamericano de Desarrollo y la banca asiática) no tienen nada que hacer con los países que tienen acceso a los mercados de capitales y deben concentrar sus esfuerzos en la lucha contra la pobreza y las enfermedades, como el sida y la malaria. Frente a esta postura del Congreso y de Larry Summers, Joseph Stiglitz declaró: "Es necesario encontrar una manera de dar mayor representación al mundo del trabajo y de la sociedad civil y cambiar la repartición de los derechos de los países, porque ahora los países sometidos a los programas del Fondo Monetario Internacional tienen la sensación de hallarse sin voz y sin poder frente a las políticas definidas por instituciones claramente dominadas por el G-7 y la comunidad financiera". Por su parte, el Ministro de Finanzas francés, Laurent Fabius, dijo: "El Fondo Monetario Internacional debe ayudar a todos los países, en particular a los más pobres, a lograr un desarrollo durable. Sé que algunos piensan de otra manera y, bajo pretexto de una racionalización, tratan de contraer la

función del Fondo Monetario Internacional en favor de los más pobres. No es ésta la posición de Francia” (*ibídem*). El debate vuelve a surgir en Praga.

### 3. Camino de Praga

El intersticio Washington-Praga nos permite recordar brevemente que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial son una cooperativa de capital variable, donde los que más cotizan tienen el mayor poder para controlar las economías de los prestatarios. Con las reformas monetarias y cambiarias de 1970 hubiera sido necesario reevaluar las funciones de ambas instituciones financieras, pero en las mismas fechas se lleva a cabo el “reciclaje de los petrodólares”, que deriva, a inicios de 1980, en la gestación de la impagable deuda del tercer mundo. Los grandes accionistas del Fondo y del Banco, así como la gran banca privada, utilizarán a ambas instituciones para imponer a los países endeudados los gravosos programas de estabilización y ajuste estructural y para diseñar los lineamientos de sus planes de desarrollo. De acuerdo al principio “si deben, deben pagar”, de 1982 a nuestros días, se ha cancelado cuatro veces aquella deuda, mientras que el saldo pendiente es 3.5 veces mayor que el monto original. Por supuesto que los programas de estabilización y ajuste eran necesarios, pero sus condiciones y modalidades han sido criticables. También es cierto que del lado de gobiernos prestatarios se multiplicaron los casos de enriquecimiento, corrupción y mala administración, resultando que siempre han sido las clases populares las menos beneficiadas a la hora de la contratación y las más dañadas a la hora de la cancelación. El servicio oneroso de la deuda ha sido uno de los vasos comunicantes hacia la creciente pobreza. Quien lea el discurso de Wolfensohn, “La otra crisis”, de octubre de 1998, podrá detectar un reconocimiento de estos hechos y un propósito de enmienda, que se repite en la reunión de Washington.

El mismo Joseph Stiglitz se sumó a esta crítica en un caústico artículo, “What I Learned at The World Economic Crisis”, del 17 de abril de 2000, contra las medidas aplicadas por el Fondo Monetario Internacional en la crisis financiera de 1997. En ese tiempo, Stanley Fischer era el director interino del Fondo, y el artículo de Stiglitz recibió una similar crítica de Rudiger Dornbusch, coautor con Fischer de los textos clásicos de economía y

macroeconomía. Se trata de un debate académico entre reconocidos economistas, donde también Jeffrey Sachs va a intervenir como miembro consultor de la Comisión Meltzer. Para nosotros sigue teniendo tanta o mayor autoridad la prolongada experiencia de control y supeditación a las políticas y programas de aquellas instituciones recetadas a nuestros gobiernos. Como dirá Joaquín Estefanía, se trataba del “pensamiento único”, que ha imperado en las dos últimas décadas, y que ahora se aplica a la globalización.

Por lo menos en Washington se dijo que “el Fondo Monetario Internacional debe dar pruebas reales de una mayor transparencia administrativa. ¿Dónde va el dinero? ¿Cómo se definen los programas impuestos a los países, como contrapartida a la asistencia financiera? ¿Se toman en cuenta las consecuencias sociales que provocan? ¿Quién controla estas instituciones? Más en concreto, se postularon una serie de normas y una superintendencia independiente del Consejo Financiero y Monetario Internacional. L. Fabius concluyó: “La idea es que los responsables escogidos para esta unidad se vean comprometidos a dar cuenta de estas actividades y que todo esto no quede sólo al interior del Fondo Monetario Internacional”. También agregábamos, con los comentaristas, que si se han puesto una serie de salvaguardas y directrices, sin embargo, no se ha cuestionado lo fundamental de su trabajo (*ibídem*). Nos queda por ver si en Praga se ha avanzado algo en esta línea.

### 4. ¿Un giro copernicano?

Esta expresión viene del enviado especial de *El País* a la cumbre de Praga, que he preferido poner como interrogante. Escuchando los fragmentos de los discursos de los presidentes del Fondo y del Banco es posible hacer la afirmación. Horst Köhler no había asumido la presidencia del Fondo cuando tuvo lugar la reunión en Washington. Los analistas lo presentaban como un alemán conservador, que al sustituir a M. Cadmessus había declarado que “su objetivo consistía en concentrarse en las metas originarias del Fondo Monetario Internacional, esto es, vigilar la ortodoxia monetaria y macroeconómica”, y dejar las cuestiones peliagudas, como la pobreza, para el Banco Mundial. Sin embargo, las manifestaciones de Washington y las anunciadas en Praga, amén de los meses de reflexión, lograron que Köhler hiciera “protestas de sensibilidad social”. Aceptó que la globaliza-



ción de la economía está causando inquietudes legítimas y prometió acelerar, en lo posible, la condonación de la deuda de 20 de los 41 países más pobres con elevado endeudamiento.

Javier Moreno introduce aquí el subtítulo de "giro copernicano". Köhler dijo en su primera intervención que "el Fondo es una institución abierta que aprende de la experiencia y del diálogo, y confío en que esta reunión de Praga sea un hito importante en este diálogo y esta discusión abierta sobre el futuro papel del Fondo Monetario Internacional. Estoy comprometido personalmente con el diálogo". Desde el primer día, este giro copernicano tiene dos componentes. En primer lugar, el diálogo con los críticos del funcionamiento del Fondo. En este sentido, es de lamentar que en Praga algunos grupos radicales y violentos entorpecieran el diálogo del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial con las organizaciones no gubernamentales más serias y racionales, como *Oxfam International*, *Greenpeace* y Jubileo 2000... En segundo lugar, que en este proceso de diálogo, tanto Köhler como Wolfensohn critican a los grandes socios de sus instituciones y se sienten abandonados por las potencias occidentales, Estados Unidos y Europa. "La responsabilidad última de las decisiones del Fondo", dijo Köhler, "es para con sus socios, pero me gustaría que éstos se pronunciaran con más claridad sobre este equilibrio entre diálogo público, diálogo con las organizaciones no gubernamentales y las decisiones del directorio del Fondo Monetario Internacional, que se toman con el pleno consentimiento de los socios". En Praga se ha vuelto a repetir el silencio y la ambigüedad de los gobiernos occidentales. El presidente checo, Vaclav Havel, antiguo disidente, invitó a las organizaciones no gubernamentales a una discusión sobre la globalización y Köhler apoyó esta iniciativa. El presidente del Fondo deseaba presentar en Praga una agenda para la reforma de la institución bancaria, donde uno de los puntos importantes consiste en vincular más a la gran banca internacional en la resolución de las crisis financieras mundiales. La dirección de la reforma debe ser fortalecer el carácter monetario de la institución, pero si no define su papel sobre el mayor reto actual, que es que la economía global, no funciona en beneficio de todos, entonces olvida sus obligaciones ("El FMI reorienta su discurso hacia los países más desfavorecidos", *El País*, 21 de septiembre de 2000).

Escuchando al presidente del Banco Mundial podemos afirmar que Wolfensohn afianzó su giro copernicano, iniciado en discursos y cumbres anteriores. En entrevista concedida a varios diarios internacionales llegó a decir: "Hemos subestimado la capacidad de protesta de las organizaciones no gubernamentales". Aunque estas protestas ensombrecen el ánimo de la institución, "hemos intentado formar un foro permanente con todas ellas. Pero resulta difícil: si alguna acepta, otras la acusan de haberse vendido". Wolfensohn dice que a él le toca levantar la moral de su gente, "porque si siguen repitiendo que el Banco Mundial es la causa de todos los males, la opinión pública se levantará contra nosotros". Wolfensohn dijo estar de acuerdo en muchas cosas con los manifestantes. "Lo positivo es que se está hablando más de la desigualdad. Esa preocupación la compartimos. Lo que les preocupa son los mecanismos. Esta mañana me he reunido con algunas de ellas y me dicen que lo que hacemos no es suficiente y que no se les tiene en cuenta lo suficiente. Pero es que hace cinco años no se les consultaba en absoluto... Muchos de las manifestaciones deberían darse en los países en los que tienen problemas para participar en los proyectos. Yo no puedo hacer eso. Respecto a los gobiernos, hay ciertos límites que el Banco tiene que respetar. Pero no tengo dudas de que a veces nos hemos equivocado. Y donde lo hemos hecho tratamos de reconocerlo, aprender y hacerlo mejor la próxima vez... Estamos consiguiendo mucho, aunque quizás no tanto como quieren las organizaciones no gubernamentales. Y por eso nos culpan" (*El País*, 25 de septiembre de 2000).

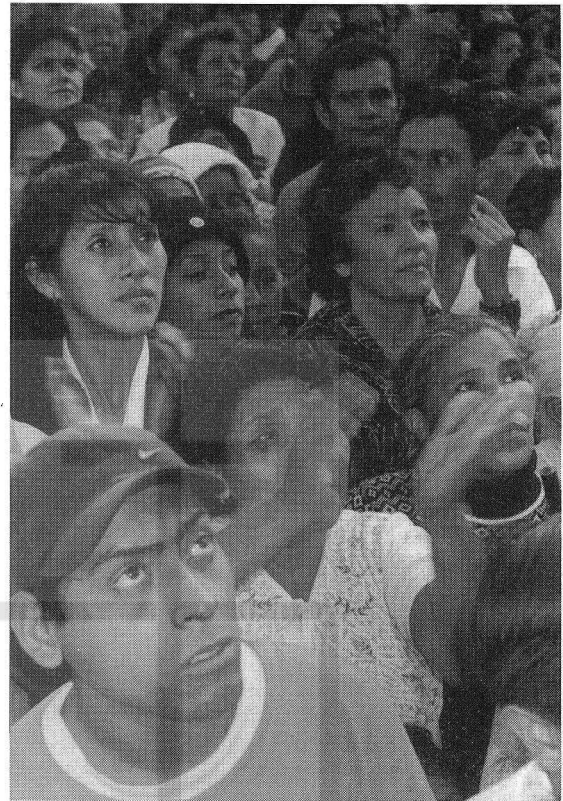
Tanto Köhler como Wolfensohn han solicitado públicamente que los grandes gobiernos se integren en este proceso de diálogo y de apoyo a las propuestas de ambas instituciones. Sin embargo, los ministros de hacienda, los banqueros y los empresarios concentrados en reunión paralela en Praga, deliberaron sobre los dos problemas que más los afligían: los precios del petróleo y la intervención concertada a favor del euro. En este escenario, Wolfensohn apoyó la posición marcada por Köhler, criticando a los países ricos por reducir sus ayudas a los pobres. "Las ayudas de occidente al tercer mundo no han hecho más que menguar en la última década", acusó Wolfensohn. "Y creo que eso es un crimen. Ambos presidentes vinieron a decir que la cicatería de los países ricos, a la hora de conceder financiación para los programas

de condonación de la deuda externa, es la responsable de la situación actual, y no el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, que tratan de hacer lo más que pueden con los fondos disponibles". Ante las presiones de los manifestantes, Wolfensohn presionó a los gobiernos de los países ricos, justificando la dureza de sus palabras, porque la situación es más grave que nunca. "Una de las cosas que pueden desestabilizar a los países desarrollados... son las protestas sociales en todo el mundo, y creo que las cifras se están volviendo tan apremiantes que corremos un serio riesgo".

Entrevistado por un periodista argentino, Wolfensohn se expandió sobre las diferencias abismales en América Latina: "Lo que estamos viendo en demasiados países de América Latina es que, a pesar del crecimiento de sus economías, la distribución de la riqueza entre ricos y pobres va a peor; ese es el problema general en toda América Latina, y yo diría que probablemente también lo sea en su país. Hay que reconocer que el coeficiente de Gini (que mide la desigualdad) es demasiado grande para asegurar la estabilidad social". Wolfensohn repitió casi las mismas palabras que el reciente informe del Banco Interamericano de Desarrollo del 2000, en su introducción.

Aunque Wolfensohn y Köhler no hayan logrado convencer plenamente a las organizaciones no gubernamentales más racionales (los radicales anarquistas y los alborotadores del País Vasco son inconvertibles), devuelven el *boomerang* del diálogo a los jefes de gobierno, en ese momento más preocupados por los precios del petróleo y la gripe del euro, dos amenazas del crecimiento mundial ("El Banco Mundial critica a los países ricos por reducir sus ayudas a los países pobres", *El País*, 22 de septiembre de 2000). Al cerrarse anticipadamente la reunión de Praga, porque los repetidos actos vandálicos no propiciaban la sana discusión, una de las organizaciones no gubernamentales más serias en favor de la condonación de la deuda de los países más pobres, Jubileo-2000, obsequió dos cruces blancas a Köhler y Wolfensohn, en recuerdo de los 19 000 niños que mueren cada año y que podrían ser salvados con el endeudamiento que occidente se niega a perdonar ("La protesta contra la globalización ahonda la crisis del FMI y el Banco Mundial", *El País*, 28 de septiembre de 2000).

La violencia que se desató en Praga ha llevado a que Wolfensohn y Köhler quieran replantear el tamaño y la periodicidad de estas reuniones. "Ha-



bría ventajas si tuviéramos reuniones virtuales" (internet), ironizó Wolfensohn. "Tendríamos violencia virtual y cualquier cosa virtual que quisiéramos. Pero dudo que jamás renunciemos a encontrarnos físicamente". El otro punto que necesita revisión urgente es la delicada relación del Banco y del Fondo con las organizaciones no gubernamentales más serias, dañada en Praga por la violencia de los radicales. También Köhler pidió a estas organizaciones que se desvinculen de los "asilvestrados" para recuperar la cooperación. Ambos presidentes han repetido que los principales objetivos son condonar la deuda y reducir las barreras aduaneras, como lo piden las organizaciones no gubernamentales. "Los países industrializados necesitan hacer más, dijo Wolfensohn, y no sólo con la condonación de la deuda, también aumentando la ayuda al desarrollo o abriendo sus mercados". Köhler repitió similares palabras: "No es nuevo que los países subdesarrollados, especialmente los que dependen de exportar sus productos agrícolas, sufren por el hecho de que los mercados de los países ricos les cierran sus puertas". Un funcionario del Banco dijo: "En Praga, Köhler ha



culminado un giro de 180° y se ha convertido en defensor de la lucha contra la miseria. Es cierto que Horst ha cambiado sus ideas en cinco meses” (“El FMI se replantea el tamaño de sus cumbres tras los sucesos de Praga”, *El País*, 29 de septiembre de 2000).

### 5. ¿El final de un desencuentro?

El catedrático José Antonio Alonso, del Instituto Complutense de Estudios Internacionales, plantea esta pregunta al clausurarse la reunión de Praga. Luego de Washington y Praga queda pendiente un debate. Si Khofi Annan dijo en Nueva York: “tenemos que reinventar las Naciones Unidas” para adecuarlas al nuevo mosaico de derechos internacionales, algo similar vale proponerse respecto a nuestras instituciones: tenemos que reinventar el Fondo y el Banco Mundial. Ambas instituciones se crearon en otras circunstancias y para otros beneficiarios. Terminada la segunda guerra mundial, en 1945, el Banco Mundial nace como Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, y los beneficiarios del Fondo Monetario Internacional eran esos mismos países. José Antonio Alonso recuerda que Keynes decía, con cierta ironía, que el presidente del Banco debía ser un inversor y el del Fondo un banquero.

Jeffrey Sachs resumía el pensamiento de la Comisión Meltzer, asesora del Congreso, en un artículo titulado “Bajar los humos”: “Los enemigos del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial creen que los dos son demasiado grandes, demasiado poderosos y sobrepasan sus límites. El Fondo Monetario Internacional intenta dirigir las operaciones financieras de más de 50 países, e impone sus programas durante años e incluso décadas. Mantiene su influencia porque Estados Unidos insiste en que los países pobres implanten los programas del Fondo Monetario Internacional cuando se les reduce la deuda o reciben otro tipo de ayuda económica. El Banco Mundial presta dinero a docenas de países a través de cientos de programas, pero muchos receptores tienen acceso a mercados de capital privados, de modo que los créditos del Banco Mundial constituyen una pequeña parte de lo que los países pueden obtener prestado en el resto del mundo a través de mecanismos normales de mercado”. Para la Comisión Meltzer y el Congreso de Estados Unidos, “la consecuencia es superficialidad, arbitrariedad, intromisión en la soberanía y malos resultados” (*El País*, 10 de abril de 2000).

El Secretario del Tesoro de Estados Unidos, Larry Summers, vuelve a repetir en Praga las recomendaciones del Congreso: que el Fondo Monetario Internacional se concentre en resolver los problemas monetarios de corto plazo y el Banco Mundial los problemas de desarrollo de los países más pobres y endeudados, abriendo a todos estos países el canal del mercado de los capitales privados. “Todavía queda mucho por hacer para reformar el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial... Ya han comenzado a realizarse esfuerzos importantes, pero todavía queda mucho por hacer”. L. Summers recomienda que los préstamos concedidos por el Banco Mundial sean revisados, como se hizo recientemente con los del Fondo Monetario Internacional, “para así impulsar a los países prestatarios a mirar más hacia los mercados de los capitales privados... Es necesario que el Banco Mundial concentre sus actividades en las acciones en las que puede ofrecer un valor añadido que los mercados privados no pueden aportar” (“EEUU reconoce que en el Fondo quedan reformas pendientes”, *El País*, 27 de septiembre de 2000). En la reunión de Washington, los directores del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial se habían opuesto a la tesis del Congreso de Estados Unidos, y también en la reunión de la UNCTAD, en Bangkok, se afirmó que las economías en desarrollo no eran atendidas adecuadamente por el mercado de los capitales privados, dado que los países más necesitados no son los nichos preferidos por estos capitales. Otros analistas piensan que Summers y el Congreso desean reducir los aportes de sus contribuyentes a ambas instituciones y desviar a los países prestatarios hacia el mercado de capitales privados, propiedad de algunos de sus ciudadanos.

El catedrático José Antonio Alonso razona las modalidades de rehabilitación de ambas instituciones, desde el actual escenario de la globalización y “las estrategias de la lucha contra la pobreza”: “Aun cuando se coincida en el tono crítico con el que se observa la trayectoria más reciente del Fondo Monetario Internacional, puede discreparse con la solución que se sugiere desde estas influencias corrientes de opinión. Es cierto que el grado de éxito del Fondo Monetario Internacional es limitado, pero semejante déficit no tiene por qué resolverse necesariamente a través de la fórmula ‘menos Fondo’. Es posible que la solución esté, más bien, en promover cambios en el modo en cómo esa institución afronta sus actuales tareas de asistencia y no

tanto en limitar el rango de estas últimas. Existen algunas buenas razones que apoyan esta posibilidad. Para empezar, se ha producido una alteración muy notable en la base de potenciales clientes del Fondo Monetario Internacional. Hace cuarenta años, los países que podían demandar la asistencia al Fondo eran, preferentemente, economías desarrolladas o en avanzado proceso de industrialización; hoy, sin embargo, entre sus clientes predominan las economías en transición y los países subdesarrollados, ambos con índices muy notables de pobreza y desestructuración social”.

“Los problemas y las posibilidades de los clientes de antes y los de ahora son diferentes: un aspecto que tiene que ver con las singularidades que presenta la acción estabilizadora en las economías más pobres. Tanto por sus rigideces estructurales como por su limitada base productiva, estas economías presentan una menor capacidad de respuesta a los ajustes basados en los precios, gestionados a través de una estricta política de demanda. De ahí la importancia de acompañar el ajuste con acciones de oferta, destinadas a cambiar el sistema de incentivos de la economía. Semejantes políticas requieren, sin embargo, de un mayor lapso temporal para su pleno efecto; al tiempo que reclaman acciones en el ámbito social para hacer viable el proceso, preservando la cohesión social y las condiciones institucionales para una aceptable gobernabilidad” (“FMI y países en desarrollo: ¿final de un desencuentro?”, *El País*, 27 de septiembre de 2000).

Y continúa el catedrático citado: “Hacer caso omiso de la alteración habida en la base operativa del Fondo, reclamándole que proceda del modo como lo hacía cuando era otro el tipo de clientes dominante, parece una recomendación, cuando menos, extraviada. Más bien, al contrario, lo razonable es profundizar en el proceso iniciado hace un par de años, convirtiendo las ‘Estrategias de lucha contra la pobreza’ no en un mero reclamo al gusto de la retórica del momento, sino en una guía efectiva para orientar la acción multilateral. Caso de que ésa sea la función que asuma el Fondo Monetario Internacional, en colaboración con el Banco Mundial, no sólo no es inconveniente que pre-

serve su capacidad de financiación de largo plazo, sino que tal modalidad puede resultar imprescindible. Al fin muchos de los instrumentos financieros que ahora se reclama que desaparezcan nacieron, en el entorno de los ochenta, para compensar las manifiestas limitaciones que las viejas modalidades de financiamiento tenían en los países en desarrollo. En suma, el balance crítico de la trayectoria previa del Fondo Monetario Internacional reclama un cambio en la forma de actuación de la institución en el futuro. Pero tal cambio no necesariamente debe estar asociado a una limitación del ámbito de sus operaciones, reduciendo el tipo de países en los que actúa o el abanico de instrumentos que maneja, sino acaso, a una más genuina adaptación de su operativa a las condiciones propias de la estabilización en los países en desarrollo, que reclaman un mayor activismo crediticio de largo plazo, para respaldar las reformas microeconómicas requeridas, para fortalecer la cohesión social y preservar el marco institucional que las haga viables. Que semejante empeño pueda contribuir a difuminar los límites de sus competencias con las propias del Banco Mundial parece un problema menor, que no hace sino expresar las dificultades que en los países en desarrollo tiene trazar la frontera entre la financiación del ajuste y la de desarrollo. Pero más allá de ese factor, resulta de interés preservar la capacidad de acción, las competencias y reputación del Fondo al servicio de la necesaria estabilización de los países en desarrollo; pero de una estabilización que fortalezca al enfermo, no que definitivamente lo entierre” (*ibidem*). Era conveniente escuchar una reflexión académica y razonada sobre las funciones y modalidades de acción del Fondo y del Banco, que se ha convertido en punto de debate en varias reuniones o cumbres del presente siglo. Este mismo debate y las posiciones mostradas por Köhler y Wolfensohn nos permiten hablar, con o sin interrogante, de “un giro copernicano”.

**Francisco Javier Ibisate**  
**Decano de Ciencias Económicas y Sociales**  
**de la Universidad Centroamericana**  
**“José Simeón Cañas”**